

Sábado 19 Mayo

**aparecerá el
número 3 de**

CRI-CRI
CINEMATOGRAFICO

**La revista predilecta
del buen público**

**SORPRENDENTES
NOVEDADES**

Todos los sábados

50 cts.

La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 28

25 cts.



**CLEO
LA FRANCESITA**

por
Mae Murray
FilmoTeca
de Catalunya

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

Redacción } Gran Vía Layetana, 17
Administración } Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO II

N.º XXVIII

CLEO LA FRANCESITA
por **MAE MURRAY**

Producciones Tiffani

Concesionario:

S. HUGUET - Provenza, 292-Barcelona

Hay un poder de infinita fuerza que ha regido siempre en la tierra los destinos de los hombres, un poder que ha encendido guerras, que ha derribado tronos y que en muchas ocasiones ha variado el curso de la historia.

Es el mágico poder de la Belleza Femenina, el soberano acicate de Justos y Pecadores, Sabios é Ignorantes....

El lógico principio de nuestra historia arranca de uno de esos pueblos norteamericanos esclavos del feudalismo moderno de la industria. Ese pueblo es Harmontown, llamado así por las fábricas Harmon, Harmon y Haynes que ocupaban á miles de obreros y que constituían la

fuente de la felicidad de todos los pueblerinos.

La susodicha razón social Harmon, Harmon y Haynes iniciada en días prósperos, que fueron para Europa, en guerra, los más aciagos, atravesaba algún tiempo después del armisticio una crisis alarmante.

El Consejo de Administración de la citada firma, compuesto por los hombres más importantes de Harmontown, se reunió, en sesión extraordinaria, para tomar una decisión enérgica para oponer una valla al peligro harto cercano....

Abner Harmon, el Presidente, con miras progresivas por lo que á los negocios se refería, pero de ideas retrógradas para lo demás, y el Alcalde, Vice-Presidente de la firma social, recogieron las diversas opiniones del Consejo en pleno y resumiéndolas el Presidente, se expresó en estos términos:

—¡Señores! ¡Sólo puede salvarnos de la ruina que nos acecha, un contrato de reconstrucción con el gobierno francés! Conviene señores que uno de nosotros vaya á Paris pero, es natural, el hombre que mandemos allí ha de tener juventud, energías, personalidad... y, desde luego, hábitos de buen cristiano.

El designado para la misión de confianza cerca del Gobierno aliado fué Elmer Harmon, sobrino del Presidente, el cual parecía reunir todos los requisitos necesarios. Era, por lo demás, el único en Harmontown que sabía lo que "*tout de suite*" quería decir...

De consiguiente, en nombre del Consejo, del que también Elmer formaba parte, el Presidente, su tío, le notificó:

—Hijo mío: dado tu conocimiento del idioma francés, tu carácter y tus prendas personales, te hemos elegido para gestionar la realización de

nuestros propósitos. Debes salir para Francia inmediatamente.

A Elmer le satisfizo sobremanera el honor que se le hacía.

Sinforoso Smith, el tesorero de la casa, que con su innata pretensión de ser un émulo de "*Don Juan*" ya frisaba en los sesenta años, no pudo contenerse, ante la mágica visión de París, de ese emporio magnífico de todas las excelsitudes y de todas las decadencias, esta vehemente exclamación:

—¡Te envidio, Elmer! ¡Oh, ese París! ¡Las "*midinettes*"... las "*grissettes*"!... Se me cae la *babette* pensando en esas adorables parisienses...

Estas manifestaciones entusiastas no eran precisamente propias de un tesorero... y el severo Alcalde, meticoloso y cascarrabias en lo tocante á la moralidad, le lanzó una mirada y una orden:

—¡Smith! ¡Guarda las formas!

No se pudo hablar más de París, de la alegría del vivir; en Harmontown se vivía una existencia laboriosa, de economías y apacible.

Y Elmer salió de Harmontown hacia ese paraíso que no conocía...

..

En París.

¿Qué ocurría en el salón de la casa de Cleo, la divina Cleo, la danzarina favorita de la Ciudad Luz? ¿Un tumulto? ¿Una revolución? ¡No! Algo peor que eso: ¡había perdido á su perrito! Los numerosos admiradores de la artista compartían la consternación de su ídolo por la desaparición del animalito tan afortunado. Mas he aquí que un joven de Nueva York, Felipe Garrison, que viajaba de recreo por Francia, tuvo la fortuna de encontrar al perrito y de ir á entregárselo á su dueña... La alegría de Cleo fué inmensa y

sincera.

Para recompensar la devolución de su preciado tesoro, la bailarina, agradecida, concedió á Felipe el honor de darle una fiesta aquella misma noche.

Elmer llegaba á Paris por la tarde.

A la mañana siguiente.

Fiel á las sanas tradiciones de Harmontown, Elmer se levantó al despuntar el alba, en el momento justo en que Cleo y sus amigos abandonaban un cabaré donde tuvo lugar la fiesta.

Felipe, á quien se le había subido el vino á la cabeza, insistió en llevar á Cleo—que a pesar del vapor de los licores sabía contenerse los *humos*, porque era mucha y fuerte su constitución—á dar una vuelta en coche por el barrio latino. Para alcanzar el máximo de libertad, Felipe dejó en tierra al cochero, subió él al pescante, y hélos ya atravesando calles.

En el hotel donde se hospedaba, Elmer se disponía á salir cuando el camarero le traía el almuerzo, extrañado de haberle oído levantarse tan temprano. El celo del camarero ni fué agradecido ni comprendido siquiera por Elmer, que le dijo:

—Almorzaré luego; suelo dar siempre un paseo antes de desayunarme.

Una vez en la calle, en la ciudad que desconocía, Elmer echó á andar á la aventura y en la neblina rosada del amanecer tuvo una visión maga. ¡Era Cleo! Cleo, la desconcertante mujer; estaba de pie sobre el coche y hería el aire con el látigo del cochero en señal de protesta por lo que un grupo de gente, en su mayoría obreros y vendedores, estaban haciendo á Felipe. Convergamos en que el escándalo que dichas personas promovían contra Felipe era justificado, por

el vuelco de un carretón repleto de frutas para la venta ambulante, de que él había sido el causante.

Pero, puntualizando los hechos, digamos también que por lo que gesticulaba Cleo no era precisamente porque dejasen en libertad á Felipe, sino porque corría tremendo peligro ¡su perrito! que se debatía entre los pies de la masa.

La vista de Cleo se fijó en Elmer y, sin más consejo que su capricho, le llamó suplicante. El americano, frío, como sus compatriotas, fué hacia ella y algo que le dominó su sér le hizo ejecutar con placer el ruego de la bella francesa. Esta súplica consistía en libertar al perrito. Sin la menor dificultad, Elmer logró complacerla en el acto.

Y ante aquel joven que parecía estar tallado en roble, Cleo experimentó una extraña é indecible sensación....

Considerando algo embarazosa la situación de Cleo, Elmer la propuso galante:

—¿Quiere usted que la acompañe á su casa ó desea presenciar el fin de esta batalla?

Y cual veleta empujada por viento favorable, ella contestó:

—Me es usted muy simpático.... Le dejaré que me lleve á mi casa.

El coche, conducido por Elmer, emprendió la marcha... hacia la morada de la preciosa muñeca.

Cumplida su misión de proteger el regreso de Cleo á su casa, Elmer intentó despedirse en el rellano de la escalera frente á su piso, pero Cleo fingió haberse torcido un pie para que Elmer la ayudase á entrar en su casa hasta sentarla en un sillón.

La doncella de Cleo, que la prodigaba ternu-

ra y cuidados maternos, dió crédito á la fingida cojera de su señorita, y fué á hacerse con lo necesario para la primera cura.

Elmer, que no sabía hacia qué parte levantar los ojos por la deslumbrante impresión que recibiera al entrar en las lujosas habitaciones de Cleo, y no sintiéndose todo lo tranquilo que deseaba, consideró que lo mejor era desaparecer lo más pronto posible de allí. Y, para ello, se agarró á esta excusa:

—Debo marcharme, señorita... todavía no me he desayunado.

Ella esperaba otra frase menos... nutritiva, y redobló sus insinuantes manifestaciones de gratitud, añadiendo:

—Le doy las gracias con todo mi corazón, señor, y espero que vuelva á verme cuando no tenga hambre...

Elmer, libre al fin del misterioso tormento por que pasaba en presencia de la risueña parisienne, echó á correr, al cerrarse la puerta del piso de ésta, hacia el hotel.

La doncella, con todo un botiquín de socorro, volvió al salón donde estaba Cleo saltando de alegría.

—Pero... ¿y ese pie dislocado?—preguntó.

—No, Gertrudis; no fué el tobillo ¡sino mi corazón!

¡El corazón! A cualquier cosa se le llama corazón—pensó, para sí, la vieja doncella.

Elmer volvió á ver á Cleo, no en su casa como ella se lo rogara, sino en el teatro, entre un público altamente selecto y en la primera fila de las butacas de platea. Cleo le vió y le reconoció, y lo mismo le ocurrió á Elmer. La danzarina bailó como nunca: la presencia de Elmer hacía-

le poner toda su alma en el arte.

Elmer pasó por todas las alternativas del asombro y del entusiasmo. Realmente, la atmósfera parisienne estaba cargada de efluvios demasiado fuertes para sus sanos pulmones campesinos.

José Carleton, Empresario de Nueva York, que andaba en busca de "estrellas" de primera magnitud, apreció la inestimable labor artística de Cleo y, con su habitual franqueza, demasiado dura en muchos casos, hubo de hacer partícipes de su admiración por la bella danzarina á sus amigos, reconociendo que era un exquisito "bibelot" dotado de una flexibilidad y gracia extraordinarios.

La frialdad de Elmer ante el espectáculo que se desarrollaba á su vista, trocóse paulatinamente en un transporte de satisfacción intensa.

Desde entonces Elmer hizo algunas visitas á Cleo y, naturalmente, hubo de ceder al influjo de la belleza y del amor, recorriendo toda la gama de las humanas emociones.

Lo previsto por Cleo, que puso en ello toda la sabiduría de la mujer, fué un hecho real cierta noche, cuando Elmer la dijo:

—Cleo... ¡me atormenta el verla bailar para toda esa muchedumbre! ¡Querría que bailara usted para mí, sólo para mí!

—Amigo mío, es la consecuencia de mi profesión. ¡Me debo á la alegría de todos!

—Si yo pudiera obtener el contrato que gestiono del gobierno, entonces alejaría á usted de esta vida...

—Su egoísmo me gusta. No se preocupe. Estoy segura de que obtendrá usted ese contrato. Lo deseo como jamás deseé una cosa.

Era ese el primer amor de Cleo. Y puso en él

todo el entusiasmo de su grande y generoso corazón.

La tierna entrevista que celebraban Elmer y Cleo fué interrumpida por la llegada de Felipe, ardientemente prendado de Cleo, con otro amigo y el empresario americano, señor Carleton, que la vió trabajar en el teatro.

Cleo cambió una mirada interrogadora con Elmer y vió que éste estaba triste. Ella también



—*¡Querria que bailara usted para mi, sólo para mi!*

sentía algo que le quitaba bríos para volar á su antojo, como siempre, y tuvo que hacer un esfuerzo para dar á su rostro alegría y luz á sus ojos al ir al encuentro de los visitantes que la doncella había introducido en la antesala.

Felipe quiso encargarse personalmente de presentar al empresario Carleton á Cleo; por tal motivo acudían á verla en su propia casa donde,

era cosa sabida de todos, la danzarina recibía á los que consideraba buenos amigos con suma amabilidad.

El empresario, hombre práctico por encima de todo, expuso sin prefacio ninguno sus deseos. La hizo sinceros elogios y terminó sus justas alabanzas con esta frase:

—Le aseguro, señorita que haría usted furor en Nueva York. Broadway la conocida avenida neoyorkina necesita una nueva alegría... ¡y usted se la proporcionaría con su arte!

Felipe escuchaba la tentadora proposición del empresario, confiando en que Cleo la aceptaría, lo cual le permitiría regresar á Nueva York, donde tenía sus asuntos, con la suprema felicidad de tener allí á Cleo. Y como si con ello quisiera demostrarle lo bien tratada que sería en Nueva York, Felipe hizo entrega á Cleo de un precioso estuche cuyo contenido, más precioso todavía, era una valiosa sortija de brillantes clarísimos.

Cleo mostróse indiferente; no dió importancia al contrato que se le ofrecía, rehusó, á pesar de que de sólo verla ya se le iban los ojos hacia ella continuamente, la sortija de Felipe, cuyo gesto produjo á éste un serio disgusto, tratando de variar el tema de la conversación con el empresario. El amigo de Felipe, intrigado por la conducta que Cleo observaba con ellos aquella noche, dijo á Felipe:

—Cleo no es la misma esta noche.... Algo le sucede....

Y escudriñando todos los rincones con la mirada para descubrir la causa de aquel cambio en Cleo, vió á Elmer, que permanecía en pie al centro de las habitaciones inmediatas, desalentado por la duda de que Cleo no podría ser nun-

ca suya solamente, y exclamó:

—¡Ah!... Hay un motivo....

El disgusto de Felipe adquirió entonces mayores proporciones.

Casi al mismo tiempo, Cleo, con la debida discreción, rogó á sus amigos que la excusasen si aquella noche, por razones particulares, no podía dedicarles la velada. De consiguiente, los tres visitantes se retiraron.

De vuelta al lado de Elmer, que seguía dominado por un cruel desencanto, ella le imploró, comprendiendo el estado de su ánimo:

—¡Una sonrisa para Cleo! ¡Ande!... Se marcharon ya....

—Sí, y yo también me marché—contestó Elmer, dispuesto á abandonar aquella casa, cuyo ambiente no le agradaba.

Ella le detuvo:

—¿Por qué se marcha? No sea usted malo.... Yo quiero que se quede unos momentos más.

Lógico en sus acciones, Elmer la dijo:

—Si realmente yo le intereso como dice, ¿por qué permite usted que la visiten todos esos hombres?

—Elmer, querido amigo mío, hágase usted cargo....

—La mujer á quien yo ame deberá vivir únicamente para mí.... Usted no me comprendería nunca. Por usted lo abandoné todo: mis deberes, mis obligaciones. Debo volver á mi trabajo. Y me marché.

—Por Dios, Elmer, no se ponga usted así.... Se lo digo á usted....

—Lo abandoné todo; aún es tiempo de reparar el mal.

Y salió de la casa precipitadamente, tropezándose en la escalera con un señor meticuloso en

el porte que, sin reparar o más bien importándosele un mito el que Elmer lo mirase desde la cabeza hasta los pies desde la puerta del ascensor, temblando de celos que reprimía dolorosamente, llamó á la puerta del piso de Cleo.

Elmer no tuvo valor para presenciar la entrada de aquel hombre en la casa de la mujer que había turbado su vida ordenada, sumiéndole en una desorientación alarmante.

Cleo, por su parte, hondamente afligida por el triste resultado que la realidad de su vida había causado, debido al carácter recto de Elmer, acudió presurosa á abrir la puerta, en la creencia de que era el mismo Elmer que, arrepentido de su brusco proceder, volvía á que le perdonase. No fué él, sino un Ministro.

Este personaje, como los demás personajes que la visitaban, se contentaba con conseguir de Cleo el honor de acompañarla, á la salida del teatro, á la madrugada, á los salones de moda donde la ostentación reinaba en todo su esplendor, pues llevar por pareja á Cleo era un medio de popularizarse.

Cleo dijo al Ministro que le mandó llamar para presentarle á un americano amigo suyo... que se había marchado pocos minutos antes de que él llegase. El Ministro recordó entonces al joven de la escalera...

Mientras Cleo enteraba al Ministro del objeto que la había hecho tomar la resolución de molestarle rogándole fuera á verla á su casa, Elmer, en su habitación del hotel, que se le figuraba sombría como una cárcel, recibió el telegrama siguiente del Consejo de Administración de su Sociedad de Harmontown:

“Consideramos mayor dilación gasto inútil si no ha conseguido contrato regrese inmediata-

mente.

Abner Harmon."

Elmer convino en que, en efecto, por no haber realizado la pretensión de los principales factores de la Sociedad Harmon, Harmon & Haynes, era innecesario seguir gastando, se propuso arreglar sus papeles y partir á la mayor brevedad posible, tres ó cuatro días después á lo sumo.

Cleo, que había expuesto al Ministro con toda claridad el interés que tendría para el pueblo entero de Elmer la concesión de un contrato, y el señalado favor que le haría al americano, apeló á todos sus encantos femeninos para el logro de su demanda, á cuyos encantos añadió la adulación, que bien sabía manejarla. Y dijo, mimosa, al Ministro:

—No diga que no; usted es omnipotente en Francia. ¡Concédale el contrato á ese amigo mío!

El Ministro, que se había resistido hasta entonces, no pudo menos que renunciar á seguir negando la posibilidad de tal concesión y, dispuesto á ser lo más agradable posible á la gentil mujer que tanto empeño tenía en conseguir el precitado contrato, manifestó:

—¡Afortunado es ese hombre que tiene por abogado á la danzarina más exquisita de Francia!

Y luego, tras breve pausa, accedió á complacer á Cleo en esta forma:

—Francia jamás olvidará su espléndida labor durante la guerra, á beneficio de los soldados, de los cuales era usted el ídolo. Así pues, en justa reciprocidad, Francia debe concederle ese favorcito. ¡Cleo: su amigo tendrá el contrato!

—Oh, mí querido Ministro, es usted el hombre más simpático que yo he conocido.

Satisfecho en su vanidad y bueno en el fondo, el Ministro sonreíase...

Pasaron cuatro días. Después de una noche de insomnio, durante la cual acaso derramó más de una lágrima, Elmer se preparaba para volver á América.

Algo imprevisto vino á disipar las sombras negras de su cara y más de su espíritu. La carta que el conserje del hotel le había entregado contenía el anhelado contrato!

Saltó y bailó de gozo con el conserje que, ignorante de la importancia que representaba el documento que Elmer agitaba nerviosamente en una mano, le tomó por loco ó poco menos y escapó á su alcance.

Decididamente pensó Elmer—estaba de suerte. ¡El alegrón que tendrían sus compañeros y el pueblo entero al recibir el cablegrama anunciándoles la feliz nueva que iba á mandarles enseguida!

Pero en su extraordinaria alegría surgió con firmeza el recuerdo de Cleo. ¡No era todo de color de rosa... pues en su corazón había luto

El destino le reservaba una sorpresa á Elmer. En efecto, Gertrudis, la doncella de Cleo, se le aparecía de improviso:

—¡Cómo! ¿Usted aquí?—le preguntó Elmer.

—Señorito, Cleo me mataría si supiese que he venido á verle..., pero me da pena verla sufrir tanto...

—¿Sufre, dice usted? ¿Por qué sufre? ¿De qué sufre?

—¿Por qué ha dejado usted de ir á verla, señorito? ¡Le quiere á usted tanto! La pobrecita se ha marchado al campo para esconder sus lágrimas y su sufrimiento.

—¡Yo también amo á Cleo, señora! Pero vivi-

mos en dos mundos muy distintos...

—¡Si la hubiese visto suplicando al Ministro que le diera á usted el contrato!... Naturalmente, ¿cómo iba á negarle nada á ella, que fué para nuestros soldados como un rayo de sol?

—¡Oh, señora! ¿Cleo ha hecho eso por mí? Debo encontrar á Cleo á todo trance. ¿Dónde está?

Gertrudis, que suspiraba por el regreso de su amada señorita á París, dió todas las indicaciones necesarias á Elmer, quien tomó la resolución de ir á buscarla inmediatamente después de haber enviado el cablegrama de la *prosperidad* á Harmontown.

* * *

En un rincón de la Normandía de apacibles paisajes que parecen creados para descansar la vista y aquietar el espíritu, escondida bajo los árboles centenarios, se hallaba la humilde casita donde Cleo había ido á refugiar su pena inmensa... Pero la mente de Cleo no estaba allí... Pensaba en él.

Sus padres, pues los tenía y eran modelo de virtud y amor, conocían por ella misma el motivo poderoso de la tristeza de su hija que en otros tiempos llenaba la casita de risas sanas como los pájaros de cantos la campiña. Su madre, compadecida, puso de sí cuanto pudo para consolarla.

—Cleontina, tesoro mío, trata de olvidar. ¡Nos apena tanto verte así, tú que eras la eterna alegría!

Cleo agradeció la ternura maternal, pero ésta no le bastaba, y se internó en el vergel que rodeaba la casita, para que la dejaran sola con sus pensamientos. ¡Es tan consolador el silencio de uno mismo!

Elmer, llegado en aquel instante, se entrevistaba con la madre de Cleo. La buena mujer le indicaba el paradero de la que buscaba.

Compungido de haber sido la causa de la aflicción de Cleo, Elmer, dispuesto á reparar el mal, corrió á su lado. Ella le esperaba. ¿Cómo no, si su felicidad estaba en sus manos? Elmer la dijo:

—Cleo, he obtenido el contrato y sé que todo te lo debo á tí, amor mío.

—Hice lo que me fué posible hacer para causarte una alegría, por la que sólo viniste á Francia.

—En este ambiente suave me parece una nueva Cleo....

—Tienes delante de tí á la verdadera Cleo, la Cleo cuyo corazón no había sufrido hasta que te conocí.

—¡Mi Cleo! Estos últimos días me enseñaron que no puedo vivir sin tí... sin importarme cual haya sido tu vida pasada.

—Elmer, acércate á mí. Mirame fijamente. ¡Cleo es buena! ¡Te lo digo ante ese Cristo!

—Si, tu grandeza de alma no miente.

—Y vengo á tí mi único amor, como siempre recé que iría al hombre que yo amara ¡á mi esposo adorado.

—Mi vida será poca para amarte como mereces ser amada.

* * *

Los archivos de Harmontown no registraban un glorioso día como aquel en que Elmer hizo su entrada triunfal en el pueblo. Había miles de banderas, estandartes, gallardetes. Se oían cobres sonoros, hurras y vivas estridentes... pues Elmer les traía el bienestar futuro. Pero Elmer pidió que se hiciera silencio:



—Pero ¿por qué me odian tanto?

—Un momento, amigos míos; he dejado algo en el tren.... Hélo aquí.... Permítanme ustedes que les presente á mi esposa!

Cleo, que había recobrado su habitual despreocupación, dijo á continuación de su esposo:

—¡Cleo de París siente una gran alegría en su corazón al saludar á todos ustedes!

—¡Cleo de París! ¡Cómo! ¡Esta mujer que tanto ha dado que hablar en Francia!... ¡Esa bailarina!...

Sólo hubo uno, el tesorero, ese "Don Juan" jubilado, que tuvo valor para juntar su mano á la que Cleo le tendía. Los demás, á pesar de la súplica de Elmer y del chasco que ello era para Cleo, rehusaron abiertamente tener el menor trato con la parisiense. El tío de Elmer fué precisamente, quizá porque era á quien le afectaba más el enlace de su sobrino con aquella mujer... bailarina, quien se mostró más hostil con ella.

Cleo, sin embargo, aunque resentida, confiaba en que no tardaría en demostrar á todas aquellas severas personas que ella no era lo que sus espíritus reducidos á los cuatro muros del pueblo se imaginaban.

En la recepción de la noche, organizada de antemano para festejar el regreso de Elmer, la indignación de toda aquella gente provinciana alcanzó su grado máximo...

El Alcalde, rodeado de la mayoría de los invitados, inició una serie de agravios, en la cual, como si se tratase de un concurso, intervinieron muchos.

—Es una mujer, cuya sola presencia corrompe los aires puros de Harmonthown.

Elmer, á un lado con su tío y varias señoras, no daba importancia á la murmuración del co-

rrero que tenía detras suyo. Abrigaba la esperanza de que Cleo, aquella roche, los convencería á todos con su gracia y simpatía incomparables.

El tío de Elmer le hizo observar que su esposa debiera estar en el salón desde hacía diez minutos. Elmer tuvo que ir á buscarla en su habitación. Como viera Cleo que su esposo se admiraba de la lujosa «toilette» que iba á lucir en la fiesta, ella le preguntó con coquetería:

—¿Acaso no te sientes orgulloso de tu mujer-cita?

—¿Cómo no, tesoro? Pero creo que un vestido más sencillo hubiera sido más propio...

—¡Bah, tontín! A un maridito tan guapo corresponde una mujer bonita... Además, ¿qué mayor orgullo para un hombre que una mujer bien vestida?

—Tienes razón, esposa adorada. Pero... es que... no sé como decírtelo...

—No tengas miedo, nene mío. Esta noche voy á dejar á tus paisanos con un metro de narices.

Las murmuraciones no habían terminado. El Alcalde seguía llevando la batuta de aquel concierto de insultos y calificaba la presencia de Cleo como un verdadero ultraje al buen nombre de la villa. Sus informes de París le decían lo que era esa mujer.

Una señora manifestó que había mandado á su hijo á su casa y que si se quedaba ella era solamente por su marido. Esta era la *distinguida* esposa del *excelentísimo* y *tranquilo* tesorero quien, único juez de sus gustos, recordaba con agrado la sonrisita que le había dirigido Cleo al darle la mano y envidiaba la dicha de Elmer.

Por fin apareció Cleo acompañada de su esposo. Los concurrentes á la fiesta vacilaron en-

tre proseguir su conversación ó recibir indignados en su seno á Cleo. Optaron por demostrarle frialdad.

Ella lo notó y dijo á su esposo:

—¡Dios mío! ¡Qué caras tan serias! ¿Estamos en un funeral..., ó es que realmente no me quieren?



—¡Dios mío, qué caras tan serias!

Elmer, que sentía que se le agotaba la paciencia, rogó á su tío que presentara á su esposa pa-

ra que principiase la fiesta. Pero su pariente rehusó hacer tal cosa y, excitado á ello por la visión de Cleo, que se le figuraba una mujer que procedía del cieno del vicio, contestóle:

—¿Tu esposa? Yo no la presento. ¡Casándote con esa mujer, nos has deshonrado á todos!

Cleo recibió esta ofensa en pleno corazón.

El Alcalde alzó también su voz contra Cleo:

—¡No! No toleraremos que una bailarina se mezcle con nuestras esposas y nuestras hijas..

—*Ni con nuestros maridos*—insistió la *dignísima* esposa del *estupendo* tesorero, el cual no tenía más remedio que asentir en el juicio de su *archimona* cara, carísima mitad.

Cleo, tambaleándose, pronunció estas palabras:

—¡Si he ofendido á los parientes y amigos de mi esposo, entonces me marcharé!

Elmer y Cleo, doloridos ambos por la crueldad de los insensatos pueblerinos, se entrevistaron con el tío del primero, en su despacho.

¡Pobre Cleo! Era un triste despertar el suyo, después de los inefables sueños que había forjado su ingénua mente...

Elmer habló á su tío de esta manera:

—¡Mi esposa ha recibido ya bastantes insultos!... De consiguiente, esta noche nos iremos para siempre de esta casa!

—Elmer: llegaré un día en que te arrepentirás de haber tomado por esposa á esa mujer.

Elmer se hubiera abalanzado sobre su injusto pariente, de no impedírselo Cleo.

El tío prosiguió:

—Cuando comprendas tu error, y dejes á esa mujer... ¡entonces vuelve á nuestra casa!

Lastimada, Cleo le preguntó:

—¿Cree usted que realmente llegaré ese día,

señor?

Elmer abrazó á su esposa para infundirla ánimo y la musitó:

—¡Ingratos! ¡Después de lo que tú has hecho por ellos!

El tío, irritado por el convencimiento de que sería inútil insistir en querer separar á su sobrino de Cleo, se le burló de su debilidad:

—¡Qué insensato eres! ¡Esa mujer será la causa de tu ruina... destruirá tu carrera! ¿Y quién es ella? ¡Una bailarina francesa! ¡Una mujer de teatro!

Elmer no pudo aguantar más impertinencias y levantó una silla en alto para arrojársela á la cabeza de su odioso pariente. Cleo le contuvo otra vez y, dirigiéndose al tío, le desató en una terrible crisis de nervios todo lo que pensaba de él, sintiendo sobremanera no poder expresarse en su idioma, pues no lo sabía.

El Alcalde y el resto del Consejo de Administración de la firma H. H. & H., apostados detrás de la puerta del despacho del Presidente, oyeron la viva discusión que tenía lugar en el interior. Temiendo que le sucediera algo desagradable al Presidente, se autorizaron á entrar para acabar con aquel escándalo y echar de una vez á la intrusa y á su acompañante si quería seguirla.

Cleo se desmayó en el paroxismo de la violencia de sus nervios. Elmer la tomó en brazos, abrióse paso entre los inhumanos inconscientes, y llevó á su esposa á su habitación. Vuelta en sí, Cleo pidió perdón á su esposo:

—¡Elmer mío! ¡El amor de tu Cleo sólo te ha traído desdichas! ¡Yo que daría por tí mi vida entera! Pero ¿por qué me odian tanto?

—¡Déjalos, Cleo! Son repugnantes...

—Nos iremos de este pueblo tan antipático... ¡Nos marcharemos á Nueva York! ¡Allí, para ayudarte, bailaré tu Cleo y triunfaré como en París!

—No, amor mío, eso es lo único que podía interponerse entre nosotros. ¡Prométeme que por ningún concepto volverás á esa vida!

Por acuerdo unánime, un delegado fué á notificar á Elmer que el Consejo de Administración deseaba comprarle la participación que tenía en el negocio. Elmer le contestó que vendería al precio que ellos fijasen, pues quería la libertad á todo trance.

Agradecida al sublime gesto de renunciación que hacía su esposo por ella Cleo le rodeó el cuello con sus amantes brazos y Elmer, cuya vista se posó en una mano ensortijada de Cleo, se preguntó á sí mismo: ¿Podría acaso ser desprendida aquella mariposa del marco de esplendor en el que hasta entonces había vivido?

**

En Nueva York.

Después de Harmontown, aquello era el paraíso.

Cierto día que los dos esposos fueron á uno de los «Alcázares de los Pavos Reales», mientras Elmer iba á recoger su sombrero, Cleo tuvo un encuentro, un grato encuentro con el empresario Carleton y Felipe, que residían en Nueva York. Felipe atizó las cenizas humeantes de su amor por Cleo con nuevas esperanzas... Pero la decepción fué mayor cuando, habiéndose reunido con ellos Elmer, Cleo lo presentó:

—¡Mi marido!

Luego añadió:

—Tenemos una casita preciosa... Tienen ustedes que venir á verla cualquier día.

Lejos del ambiente de los alcázares de la alegría, Elmer se esforzaba en sentar en la rubia cabecita de Cleo, principios de economía doméstica...

Inconsciente del valor del dinero, Cleo no reparaba en gastos que Elmer atendía á la presentación de las respectivas notas disimulándole, mientras pudiera, el temor á que llegase día en que no pudiera complacerla en sus caprichos en el vestir.

La presentación de varias cuentas coincidió cierta vez con el recibo de una carta en contestación favorable á una solicitud de empleo. Las facturas ascendían á un total de 7.000 dólares aproximadamente y el sueldo que le ofrecían era de 75 dólares semanales.

¿Podrían vivir en Nueva York con retenta y cinco dólares á la semana? Imposible, á menos que se alimentaran solo de alpiste... y suprimieran todo gasto supérfluo.

Mientras Elmer hacía cálculos, Carleton, el empresario americano, decía á Felipe, que se había puesto triste desde que volviera á ver á Cleo, á propósito de ella:

—No te desanimes. Pronto se cansará ella. Además él no es hombre que entienda el alma de esas mariposas. Y entonces te llegará tu hora.

Era la vaga esperanza que podía quedarle á Felipe...

Cleo, en un rasgo de bondad dentro de su misma inconsciencia del mañana, acostumbrada á vivir al día, se despojó de sus joyas y se las dió á su esposo para que las vendiera. Elmer se las rehusó, diciéndole:

—Yo soy el llamado á buscar el dinero... no tú.

—Pues bien, sólo hay dos soluciones para nuestro problema:... vivir en una de esas habitaciones con cocina económica... (iba á decir *bailar yo*, pero una mirada severa de Elmer se lo impidió) ó bien que tengas mucha suerte en los negocios y ganes mucho dinero

«Ganar mucho dinero» era la solución que debía encontrar para asegurarse, según creía, una felicidad sin par con Cleo.

Pasaron las semanas y hasta Cleo se sorprendió de lo bien que le había ido en los negocios á su marido.

Pero sucedió lo que Elmer temía, como consecuencia de la falta que había cometido. Dos agentes de la policía secreta le detuvieron en su propia casa ¡por haber falsificado la firma de Abner Harmon, su tío! A pesar de sus deseos de que Cleo, que se había ausentado del salón para ir á buscar unos pastelitos con qué obsequiar á los dos agentes que habíanse presentado á ella como negociantes, no se enterara de nada; ella lo comprendió todo y quiso defenderlo contra ellos, que se lo llevaban..., pero fué vencida por la misma emoción.

Cleo fué á ver á su esposo á la cárcel. La entrevista, qué duda cabe, llenó de lágrimas sus dos corazones.

Ella, llorando, le dijo:

—No te hago ningún reproche, Elmer, pero ¿por qué has hecho eso?

—¡Oh, Cleo, perdóname...! Lo hice por tí. Tenía miedo de perderte si no te proporcionaba todos esos lujos que tanto significan para tí.

—Si á lo menos me hubieras dejado volver á mis bailes..

—¡Oh, calla! ¡Nunca volverás al baile, me lo

prometiste!

—No te apures, voy á revolver cielo y tierra para sacarte de aquí.

La obligada separación conmovió al mismo



Cleo fué á ver á su esposo á la cárcel...

carcelero, que su destino condenaba á la insensibilidad.

Cleo recurrió á todos los extremos para salvar á su marido. Después de vender todas sus joyas pidió ayuda al empresario Carleton, que tanta

simpatía le demostró desde que la vió en París.

El empresario le indicó un medio para que Cleo obtuviera todo el dinero que le hacía falta: el baile.

—Yo le hice á él la promesa de que no volvería á bailar en público—contestóle Cleo,

—Le aseguro—dijola el empresario— que cuando salga Elmer de la cárcel le perdonará el haber quebrantado su promesa... y, además, la querrá mayormente por su sacrificio... Vamos, Cleo, decídase. Baile y salvará usted á su esposo.

Cleo aceptó, convencida de que obraba bien. Su aparición por vez primera en Nueva York fué anunciada en todos los periódicos como un verdadero acontecimiento artístico, con el estreno de la famosa revista de Carleton «El Alcázar de los Pavos Reales».

Felipe, enterado del encarcelamiento de Elmer, suponía que por fin le haría caso la adorable rubia. Sin embargo, Carleton le aconsejó que no se ilusionara todavía porque aquella noche Cleo debía ver á Hugo Fenton, famoso criminalista, que podía sacar á su marido del apuro en que se encontraba.

Cleo triunfaba en Nueva York como en París. Hugo Fenton, el criminalista, estaba maravillado de la belleza de la parisiense y deseaba impaciente que tuviera lugar, á solas, la entrevista que ella le había solicitado.

Entretanto, en la cárcel, Elmer recibió la visita de su tío que fué á rogarle, después de haber arreglado con las autoridades la suspensión del proceso, que volviera con él á Harmontown y empezara una nueva vida,

Elmer dijo á su tío que él no quería partir sin Cleo y entonces, su pariente le enseñó uno de

los periódicos que anunciaban el debut de Cleo.

Elmer, abatido por la prueba que tenía de la desobediencia de Cleo, aceptó regresar á su pueblo con su tío pero, al momento de ir á salir de la cárcel, emprendió veloz carrera hacia el lugar en que Cleo bailaba.

Llegó cuando su esposa había salido ya con Fenton, que la conducía á su casa para hablar del asunto más detenidamente que en cualquier otra parte.

Felipe, que vió á Elmer cuando éste preguntaba al conserje del teatro por Cleo, le compadeció y á guisa de consuelo le dijo que á él también Cleo le había jugado la misma partida, eso es, abandonarlo por otro... por él justamente. Para apoyar su inculpación, que sólo tenía por objeto provocar una separación definitiva de ambos esposos, dió á Elmer la dirección del criminalista. Y á la proposición de Felipe de ir á destapar unas botellas de champagne, Elmer replicó con un soberbio puñetazo en el rostro del juerguista.

*
**

Cleo puso al abogado al corriente de lo que hizo su esposo sin omitir detalle y atribuyéndose la culpa si misma por su poco seso. Ella, por salvarle, estaba dispuesta á todo, á todo, hasta á dar su vida!

En su oferta de sacrificio había tanta verdad, tanta aflicción, y las lágrimas que rodaban por sus mejillas debían ser tan amargas, que el abogado, en un arranque de hombre de bien, olvidóse de los deseos que la danzarina despertó en él mientras bailaba, sólo vió delante suyo á la mujer de honor y la prometió hacer por ella cuanto pudiera.

Cleo, reconocidísima á tanta bondad, hubiera

querido besar mil veces á aquel hombre, mas el pudor se impuso, evitándolo, y se limitó á abrazarlo con toda su alma llorando de alegría.

Y fué precisamente en este momento que apareció Elmer y los sorprendió.

Ignorante de la sublime acción de su esposa, y del significado de aquella entrevista, insultó á Cleo como lo hicieron ios de su pueblo, no quiso atender las explicaciones que el abogado hi-



Ignorante de la sublime acción de su esposa...

zo vanos esfuerzos por obligarle á oír, y salió de la casa, como un loco, luego de haber prometido á Cleo que no le volvería á ver nunca más!

La emoción era demasiado fuerte y derribó el cuerpo de Cleo al suelo...

*
**

En ese rincón normando que conocimos en

un día de primavera, volvemos á ver á la que en otro tiempo fué el ídolo de París...

Cleo concentró por fin la quietud del alma, pero no pudo apartar de su mente el triste recuerdo de su felicidad destruída.

Elmer volvió á aquella casita donde ante la imagen de Cristo se juraron amor Cleo y él para toda la vida.

—He averiguado, aunque tarde, lo injusto y cruel que fuí con ella—dijo Elmer á la madre de Cleo, que daba gracias al cielo por su regreso—pero tan pronto lo supe no perdí tiempo en embarcarme para Francia... ¿Cree usted que me podrá perdonar?

—Lo dudo, señor, lo dudo.. si usted supiera... En fin voy á avisarla...

—¡Has esperado mucho tiempo, hija mía, pero al fin ha venido!—la dijo al verla.

Cleo no podía dar crédito á tanta dicha, quería sonreír pero no pudo; una sombra entristeció aún más su rostro.

Elmer se le acercó y le habló así:

—Cleo... tú que supiste amarme tanto... sé clemente... ¡perdóname!

Ella lloraba.

—Sé que he cometido contigo la más grande injusticia. Pero nunca dejé de amarte. Desde aquel día fuí un desdichado abrumado por el dolor...

—Es demasiado tarde, Elmer—balbuceó ella. Todos los días he esperado tu llegada, pero los días se volvieron meses y los meses años... Y, para distraer mi pobre vida... alguien vino.

—¿Eh? Nadie tiene derecho á interponerse entre nosotros. Eres mía... ¡A pesar de todo nunca has dejado de ser mi mujer! Cleo ¡dime que me perdonas!

Ella, sollozando no pudo hablar, y le hizo un signo negativo con la cabeza.

—Entonces... ¿debo volver solo á mi país, con mis últimas ilusiones perdidas?

Con el remordimiento que le quemaba el pecho, Elmer se alejaba lentamente. Un suceso imprevisto le hizo detenerse.

Era un niño que, caído al suelo por el vuelco de su carrito tirado por un precioso perro, lloraba amargamente. Cleo había cogido al nene en sus brazos y consolándolo le llamó, entre otros dulces nombres ¡mi Elmer adorado! El niño pronunció el nombre de ¡madre! Y Elmer, descubriendo quien era ese alguien de que Cleo había hablado, volvió á su lado y la preguntó ansioso y de hinojos:

—Cleo ¿hijo nuestro? ¿Por qué no me lo dijiste?

—Si te lo hubiera dicho, el deber te habría traído á mí, contra tu propia voluntad. Recuerda que me dijiste: "*No volveré á verte jamás*".

—¡Oh, mi orgullosa, mi altiva Cleo! ¿No te he probado ya que vine solamente por tí?

Elmer abrazó á su hijito con loco frenesí y su esposa, *que debía perdonarlo*, volvió á él como vuelven los corazones sinceros.

Los padres de Cleo contemplaban esta escena desde la puerta de la casita y amorosamente enlazados, dando el ejemplo á los jóvenes de la fuerza de su unión...

Y en la lejanía, el toque melancólico del Angelus parecía puntuar los latidos de los corazones de Elmer y Cleo que, al fin reunidos, volvían á palpar al unísono con un mismo anhelo de amor y de ventura.

FIN



(Prohibida la reproducción sin mencionar procedencia)

Programa "CAPITOLIO"

Las películas de más éxito de
la temporada actual han sido:



Los cuatro Jinetes
del Apocalipsis
Cleo la Francesita
La dama de las
Camelias
Carmen del Klondike

y las que batirán el record de la próxima, serán:
Mujeres frívolas :: No me olvides
Eugenia Grandet :: La fuga de la
novia :: La rosa de New-York

Retenga estos nombres y acuda donde se exhiban
si quiere admirar lo mejor en cinematografía.

PRÓXIMO NÚMERO

La preciosa novela-film

LA HIJA DEL PASADO

Postal-fotografía:

RUTH ROLAND

Sale todos los miércoles 25 cts.